

LOS ARAUCANOS, UN PUEBLO DE GUERREROS

SUS PROCEDIMIENTOS DE GUERRA

Por BORIS OSES
Profesor de Historia (Chile)

"Son de gestos robustos, desbarbados, bien formados los cuerpos y crecidos, espaldas grandes, pechos levantados, recios miembros, de nervios bien fornidos, ágiles, desenvueltos, alentados, animosos, valientes, atrevidos, duros en el trabajo y sufridores de fríos mortales, hambres y calores."

ALONSO DE ERCILLA Y ZÚÑIGA.
(*La Araucana*, Canto I.)

Hace cuatro siglos los españoles, bajo el mando de Diego de Almagro, pusieron pie en tierra chilena. El descubridor de Chile alcanzó hasta Aconcagua e interrogó afanosamente a los indios. Por ellos se impuso que el país que había soñado un segundo Perú carecía de ciudades y riquezas; lo prudente era cerciorarse de lo que había más adelante. Almagro dispuso una expedición que debía reconocer el territorio hasta el Estrecho de Magallanes.

Se confió la arriesgada empresa a Gómez de Alvarado, al mando de 60 jinetes. Este capitán avanzó resueltamente hacia el sur sin encontrar resistencia; sólo al llegar al río Maule observó algunos grupos de indios en actitud hostil. Martín Monje, seguido de otros soldados, atravesó el río y dispersó fácilmente a los aborígenes.

La expedición prosiguió el avance hacia el sur, desbaratando las sorpresas y ataques que los indios preparaban en el camino. Pero al arribar a la confluencia de los ríos Nuble e Itata, salió al encuentro de los castellanos un cuerpo numeroso y bien organizado de guerreros. Gómez de Alvarado dispuso

a sus tropas para el combate; los españoles "se hincaron de rodillas haciendo oración a la Majestad de Dios". Los escuadrones indígenas avanzaron en orden y se desplegaron en línea de batalla en un campo descubierta. Acto seguido se trabó la batalla de Reinogüelén, en que araucanos y españoles se iban a medir por primera vez.

El combate estuvo largo tiempo indeciso. Los araucanos mostraron el coraje y el empuje que Valdivia iba a experimentar más tarde; pero el choque contra jinetes revestidos de hierro y armados de lanzas y sables de acero les tomó desprevenidos. Se precipitaron al ataque en grandes masas, que los españoles clareaban. Después de una larga lucha se retiraron, dejando más de un centenar de prisioneros y un crecido número de muertos. Gómez de Alvarado tuvo varios soldados heridos.

El oficial español volvió a dar cuenta a Almagro "que había andado adelante 150 leguas e que cuanto más iba, la tierra más pobre e fría y estéril y despoblada, e de grandes ríos, ciénagas e tremendales la halló e más falta de bastimentos; e que halló algunos indios... vestidos de pellejos, que no comen sino raíces de campo; e que informándose de la tierra de adelante supo e le dijeron que estaba cerca de la fin del mundo e le dieron la misma noticia que adelantado se tenía antes que lo enviase en Chile" (1).

Almagro regresó decepcionado al Perú.

Pedro de Valdivia, más feliz, con más temple, audacia y osadía, logró establecerse en el país. Refiriendo su primer reconocimiento a la región del Biobío, dice: "A once de febrero de dicho año (1546) partí y caminé 30 leguas que era la tierra que nos servía y que habíamos recorrido; pasadas 10 leguas adelante topamos mucha población, e a las 16, gente de guerra que nos salían a defender los caminos y a pelear con nosotros... Aquella misma noche al cuarto de la prima dieron sobre nosotros 7 ú 8.000 indios y peleamos con ellos más de dos horas, e se nos defendían bárbaramente, cerrados en un escuadrón como tudescos... Matáronnos dos caballos e hirieron 5 ó 6 y otros tantos cristianos." Después de esta batalla, agrega: "Y visto la gran cantidad de indios que había, y que no me podía sustentar entre ellos con tan poca gente (60 hombres), di la vuelta a Santiago dentro de 40 días que salí de él."

Así, en efecto, comenzaba la guerra de Arauco. El pueblo araucano luchó por su independencia por espacio de trescientos



Estatua de Cupolicán.



Caciques araucanos.



Araucanos jugando a la chueca.



Araucanas.

cincuenta años. Primero contra los españoles (1541-1810) y después contra los chilenos, sus descendientes (1810-1881).

Durante más de dos siglos de sufrimientos se agitaron las águilas de Castilla en interminables guerras por la conquista de la Araucanía.

Las campañas de Arauco constituyen tal vez las guerras de conquista más largas que nos muestra la Historia y los episodios más heroicos de los anales de América. En 1664 Jorge Eguía y Lumbe computaba 29.000 españoles muertos en el frente araucano. "La guerra de Arauco—afirmaba un gobernante español—cuesta más que toda la conquista de América."

La homérica resistencia del pueblo araucano se atribuye al apego a las tradiciones, a los antepasados, a la tierra que los vió nacer y a la libertad. "El patriotismo de los mapuches era, puede decirse, como el instinto de los chilihueques —guanacos—, que les lleva a los sitios en que han muerto sus congéneres cuando sienten aproximarse la hora fatal" (2).

Por otra parte, el estado de belicosidad permanente en que vivían estos indígenas desde mucho antes de la llegada de los españoles desarrolló en ellos un marcado espíritu militar. La guerra llegó a ser para ellos la más sagrada de sus prácticas.

Los araucanos no hacían la guerra en un solo cuerpo de tropas, lo que se habría prestado para que se les derrotase a todos en una sola gran batalla, sino que cada Vutamapu (reunión de grandes grupos de indios) defendía su propia región. De manera que la derrota de uno de ellos significaba solamente el apaciguamiento momentáneo de una comarca, mientras la lucha volvía a comenzar en otra.

El relieve y extensión del territorio araucano favorecían la resistencia. El país, totalmente cubierto de bosques y surcado de ríos caudalosos, lagos y ciénagas, era muy difícil de franquear, "cada cosa de éstas por sí sola se defiende". dice González de Nájera, citado por Francisco Estebe (3). En tales condiciones no se sabe si admirar más a los indígenas que se dejaban cegar por las armas de fuego y exterminar por miles, o a los heroicos soldados españoles, que en número siempre reducido iban a combatir y dispersar sus fuerzas en fundar ciudades y fuertes en un país hostil y desconocido.

La guerra de Arauco impresionó profundamente el alma de la colonia. "Todos saben que ha sido el Reino de Chile—escribía D. Pedro Rodríguez del Manzano, encomendero de Santiago, a comienzos del siglo XVIII—desde el principio de su conquista, la palestra, el palenque y aún la estacada del más co-

nocido valor, la escuela de la más bien disciplinada milicia, el crisol de la más valerosa constancia y la piedra de toque de la lealtad; que fué y es Chile en la América lo que Flandes o Italia en la Europa. Y todas aquellas inmensas provincias—el resto de la América española—que se extienden muchísimas leguas desde el septentrión al mediodía en aquella parte del mundo, en que había poderosos y belicosos reinos, rindieron bien pronto sus flechas a la potencia española, y por más resistencia que ostentasen y por más obstinación que su desesperación los revistiese, la desamparaban a la vista de los invencibles escuadrones de Vuestra España. Sólo el chileno, más duro que las armas que obstinado manejaba, se opuso desde los principios con tanto tesón y fuerza, que han sido necesarios multiplicados socorros, nuevos refuerzos y numerosas milicias para refrenar su orgullo, y aún no se ha acabado en todo de domar la dureza de sus cervices...” (4).

PROCEDIMIENTOS DE GUERRA DE LOS ARAUCANOS

Los araucanos no tenían autoridad suprema, mas el poder de los jefes tomaba gran vigor tratándose de una guerra que preocupase la suerte común de un territorio. Y “cuando se ofrece tratar materia de guerra, el toqui general los convoca, sacando su hacha de pedernal negro ensangrentada como el estandarte de guerra, y envía a los demás caciques una flecha ensangrentada y unos ñudos en un cordón de lana colorada... El cacique que la recibe convoca a su gente y delante de todos da el mensajero el recado, y, conferida la materia de guerra, envía este cacique su ayudante a otro cacique con la misma flecha, y de esta suerte va pasando hasta que vuelven estos instrumentos de guerra al toqui general de donde salieron, y volviendo a él es señal que todos aceptan...” (5).

“Juntos, pues—declara un cronista (6)—, de la diversidad de valles de aquel Reino, los distantes y derramados soldados y capitanes forman entre todos una espesa y confusa rueda, y en medio della dejan una desembarazada y no grande plaza, a la cual vueltos todos los rostros, es cosa para ver el gran número de sus espesas y largas picas... porque cada uno tiene su pica arbolada y estando de tal manera con gran atención y silencio, sale en medio de la plaza y rueda el cacique promovedor de la junta, con una saeta ensangrentada en las manos... y haciendo movimientos con los brazos y flechas... comienza a hacer sus razonamientos, rematándolo de rato en

rato con cierto tono y razón interrogante, con que obliga a toda aquella multitud le responda a un tiempo con una breve respuesta. Acabada el tal cacique su plática, entra luego otro en su lugar, que hace lo mismo, y sucesivamente todos los demás caciques y capitanes por su antigüedad, y al remate del razonamiento de cada uno es cosa muy de oír y notar el rumor y estruendo que toda aquella turba junta hace, puesto que, sin pronunciar palabra, hace cada uno con la boca un rumor semejante al susurro que hacen las abejas, aunque más levantado; y en el mismo tiempo, en tan confuso ruido, asido cada uno de la pica a dos manos, teniéndola arbolada y cargando el cuerpo sobre ella, hieren todos juntos con los talones el suelo, de suerte que parece que tiembla la tierra...”

Ninguna campaña se emprendía sin previa consulta a los magos o adivinos, los “voiguevoes” o señores del canelo, que examinaban las entrañas de las víctimas inmoladas y hacían consultas al Pillán. Para este caso suponían que el Pillán se posaba sobre un guedejo de lana de chilihueque, que pendía de un hilo que se dejaba colgando de una varilla plantada en el suelo. Las contestaciones del Pillán, que todos oían con el mayor silencio, se debía a la ventriloquía de los magos.

Si los augurios eran favorables se procedía a la elección del jefe o toqui, lo que se hacía por aclamación, después de pesar los méritos de los candidatos; en seguida el toqui arengaba a los guerreros. Algunas de las páginas más bellas de *La Araucana* contienen las alocuciones de los caudillos aborígenes incitando a los mocetones al combate.

Una vez resuelta la expedición, cuyo secreto se guardaba religiosamente, comenzaban los preparativos para salir a campaña. Con el fin de prepararse mejor pasaban largos días ejercitándose en duras pruebas físicas y maniobras de carácter militar. Cada soldado, además de sus armas, no llevaba más equipo que una bolsa con harina mezclada con ají para alimentarse durante la campaña. Solían usar también pieles de animales o plumas de pájaros, porque creían hacerse con ellas más fuertes y rápidos. Antes de salir se cortaban muy corto el cabello, y llegando el momento de la pelea, se desnudaban para adquirir agilidad.

EL COMBATE

Quando los guerreros mapuches chocaban contra el enemigo, lo hacían con gran algazara y voceando ¡Lape, lape!,

es decir, ¡Muera, muera! Acometían con gran rapidez, haciendo mil monerías, dando saltos, tendiéndose en el suelo, levantándose violentamente, o bien quebrando el cuerpo y enfrentándose a los contrarios con gestos terribles, “y sin temor a la muerte, como bárbaros y con tan gran violencia, que se necesita mucho esfuerzo para resistir el ímpetu de sus primeros acometimientos”...

Cuando derribaban “a alguno de los enemigos, se abalanzan luego a él y más si es capitán o persona de importancia, y con gran presteza le cortan la cabeza y luego la levantan en una pica y se atropan los que se hallan más cerca a cantar victoria con ella. Y causan tan gran desmayo al enemigo al oír a los contrarios cantar victoria y el ver la cabeza de alguno de los suyos enarbolada, que todos paran y cesan de pelear, teniéndose por mal agüero y por señal de que todos han de morir si porfían en pelear... El romance que en estas ocasiones cantan es tristísimo y mucho más el tono... Hacen ostentaciones de la valentía de su ejército... Y con esto hacen temblar la tierra, sacudiendo todos a un tiempo con los pies el suelo y entretejiendo las lanzas y haciendo ruido con ellos, dan voces al enemigo motejándole de cobarde y diciéndole que venga por la cabeza de su soldado o de su capitán, que si todos son tan valientes como aquél, no deben ser soldados ni valientes, sino mujeres y cobardes; y diciendo esto les vuelven a acometer...” (7).

LA SUERTE DE LOS CAUTIVOS

Los prisioneros de guerra eran sacrificados en una macabra ceremonia. Conducían al cautivo con las manos atadas y con una soga al cuello. El infeliz “Guegueche” —hombre que han de matar como carnero— recibía toda suerte de improperios, especialmente de las viejas. “¡Que se harte de ver el sol y que ya no lo ha de ver más! ¡Que ya llegó el día en que ha de pagar los males que ha hecho!” Y si había sido un enemigo particularmente valiente y les había hecho mucho daño en la guerra, le decían: “¡Qué es de mi hijo o de mi marido, que me mataste en tal tiempo? Vuélvemelo, y si no, ahora he de comer de tus carnes.” La columna hacía alto en el centro del lugar del sacrificio y la concurrencia formaba entonces un círculo, y haciendo temblar la tierra con los pies, gritaban: “¡Lape, lape! ¡Muera, muera!”

Cuando cogían a un guerrero español de fama solían darle

oportunidad para que hablara y se defendiera, y si lograba cautivarlos le ponían en libertad y en seguida lo adoptaban o lo compraba algún cacique prendado de su valor y de su elocuencia.

En caso contrario, lo derribaban de un violento golpe de maza, le abrían el pecho y le sacaban el corazón todavía palpitante, se lo ofrecían al toqui, el que lo hacía circular de mano en mano por todos los caciques "haciendo ademán de que se lo quieren comer a bocados". Untaban las flechas en la sangre de la víctima, y los que se ocupaban de cortar los huesos más largos "los descarnaban en un momento, y en estando el hueso listo, le agujereaban y hacen una flauta en que tocan alarma", mientras los guerreros blandían las lanzas dando pavorosos gritos y maldiciones. Uno de los participantes en el ceremonial echaba a correr la cabeza en dirección hacia el enemigo, voceando que "con los que allá están han de hacer lo mismo".

Todos a una voz cantaban victoria con "metáforas en verso, en que dan a entender su valentía y cómo el que pretendió hacer la guerra pagó su atrevimiento". "Mientras están cantando andan alrededor de la rueda de la gente algunos indios desnudos hasta la cintura, con las lanzas arrastrando, dando carrera con gran furia y diciendo a voces y con grande arrogancia: ¡Yape, Pulliman, haced temblar la tierra, valerosos soldados!" (8).

LA PAZ

Cuando un grupo quería llegar a un acuerdo de paz la parte interesada enviaba a un mensajero portando una rama de canelo, y los jefes que acudían a la asamblea de la paz también llevaban este distintivo sagrado. Se pronunciaban largos discursos hasta llegar al acuerdo deseado. Mataban entonces una llama blanca y todos los caciques comían un pequeño trozo de corazón; en la sangre se ungían las ramas del canelo. En una excavación en el suelo, hecha a propósito, depositaban las armas y en el sitio se plantaba un canelo. "Tras esto se si-guen los brindis y la chicha, que nunca tratan cosa a secas."

LA VOLUNTAD GUERRERA Y EL GENIO MILITAR DE LOS ARAUCANOS

A partir de Tucapel ningún soldado español vió en la guerra de Arauco una campaña vulgar contra salvajes. El siste-

ma de lucha de estos indios hizo recordar a Valdivia, veterano de Flandes, la de los tudescos.

En vez de intimidarse ante los gallardos conquistadores, los araucanos los miraban como adversarios dignos de ellos. "Están emperrados con este mal indio Caupolicán —escribía D. García Hurtado de Mendoza, en una carta al Rey—, que otro día envió a decirme que aunque fuese con tres indios me había de matar, y aun desafiándome como si fuera un hombre de gran punto."

Dice una tradición chilena que el vencedor de Yungay, el General Manuel Bulnes, más tarde Presidente de la República, después de regresar victorioso a Chile, hizo llamar al padre del Subteniente Colipí para felicitarlo por la heroica conducta de su hijo; y el anciano cacique, extrañado, le contestó: "¿Que no sabías que era hijo mío?"

"La voluntad guerrera del pueblo araucano —relata Francisco Antonio Encina (9)— mostró una tenacidad que toca en los límites de lo inverosímil; no sólo resistió las pruebas más duras, sino también los contrastes parecieron exacerbarla en vez de abatirla; y en realidad sólo cedió con el agotamiento de la sangre que manaba con la extinción del pequeño pueblo mapuche en tres siglos de guerra implacable. Fuera del romano, ningún otro pueblo primitivo ha exteriorizado una voluntad más tenaz."

Los mapuches, además del valor agresivo que brota de la virilidad de la raza, exteriorizaron una poderosa imaginación militar. Delante de los nuevos elementos, para ellos totalmente desconocidos, que los españoles esgrimieron en la lucha, idearon nuevas armas y nuevas tácticas. Don Claudio Gay, admirado, dice: "La causa de la eterna lucha eran la táctica y el valor de esos hombres invencibles. El número de sus guerreros en verdad, ilustres, ilustres por hechos asombrosos sin mezcla alguna de sofisma, parece increíble..." Y refiriéndose a la calidad del soldado castellano, dice: "Sus enemigos eran los vencedores de Europa...; lo que los españoles no han podido hacer, ningún ejército lo hubiera hecho en iguales circunstancias."

Todos los historiadores que se han asomado a nuestro pasado han compartido este asombro ante el genio militar y el valor de este pueblo de guerreros, que resistió en epopéyica gesta, durante casi cuatro siglos, el avance de la civilización europea.

N O T A S

(1) Oviedo: *Historia General y Natural de las Indias*, tomo IV, página 268.

(2) Agustín Edwards: *Gentes de antaño*, página 78.

(3) A. Ballesteros y Baretta: *Historia de América y de los pueblos americanos*. "Descubrimiento y conquista de Chile", por Francisco Esteban Barba, página 382.

(4) *Memorial al Rey Nuestro Señor Don Fernando VI, a quien Dios Guarde, Rey de Castilla, de León, de las Españas y de las Indias*, páginas 14 y 15.

(5) P. Diego Rosales: *Historia de Chile*, tomo I, página 134.

(6) González de Nájera: *Desengaño y reparo de la guerra del Reino de Chile*.

(7) P. Diego Rosales: Obra citada.

(8) P. Diego Rosales: Obra citada.

(9) Historia de Chile, tomo I.